

SIN MEMORIA NO QUEDA PARAÍSO

Camilo Franco

Crítica publicada en “Táboa Redonda”, suplemento cultural del diario El Progreso, el domingo 10 de abril de 2016.

Traducción al castellano (el original en gallego en este enlace:

<http://elprogreso.galiciae.com/noticia/529418/sen-memoria-non-queda-paraíso>)

En Muros ya no hay paraíso. Ahora hay un supermercado. Fuimos cambiando las salas de fiesta por tiendas e igual tenemos que entender que cambiamos un modelo de ocio de tocarse por uno de gastar. Ese es el punto de partida para la última obra de Chévere, “Eroski Paraíso”. Que, como todos en estos días, sucede en la Transición. En la que va del pasado a la memoria.

La memoria es una forma de ficción. Como el ego. Como las verdades a medias. Como el dinero. Prefiere la coherencia a la realidad, es más leal que fiel. Si apuramos mucho el argumento habría que decir que la memoria es la forma más grande de ficción porque consigue llevarnos a los lugares que ya no son y, una y otra vez, hacer pasar las historias por realidades. La memoria es eficaz porque es ficción. Porque todo lo que se cuenta es ficción. Y la memoria cuenta.

Chévere le ha rascado a la memoria en “Eroski Paraíso”. Se encuentra de frente con ella mientras busca los signos de pertenencia. El nuevo montaje de Chévere documenta un tiempo que fue. Lo hace por contraste porque mientras rescata las imágenes del pasado está obligando a los espectadores a hacer comparaciones con el presente. No es que haya que sacar conclusiones, es que están ahí. Ni ahora ni entonces. El presente es malo y no hay pasado bueno. El pasado solo es anterior. Pero pasado y memoria no son la misma cosa por más que haya mucha gente confundiendo, puede que intencionadamente, los dos términos.

“Eroski Paraíso” reconstruye un pasado. Es un pasado próximo. De inmediatamente antes a que llegasen los chalés adosados. Un poco antes de las hombreras en las americanas. Un minuto antes de que el mundo dejase de ser analógico. Ahora puede parecer otra época, pero es la misma de ahora aunque sin Twitter. Chévere propone una historia en la que una película quiere reconstruir un momento. Así es como opera la memoria, rebuscando en los datos y organizando lo sucedido como una imagen en movimiento. Así es como la memoria nos cuenta el pasado.

Chévere hace reconstrucción, pero no biografía. Toma el punto de partida y el punto de llegada. Lo del medio es conocido por el espectador, aunque no por el telediario. Lo que hay en el medio entre la sala de fiestas y el supermercado que ahora ocupa su lugar en Muros es esa derrota anunciada como victoria: la del engaño de clases, la del paraíso de la clase media, la de un país asfaltado. La compañía explica el ahora y el antes en la misma línea, como una consecuencia interpretada. Como un flashback en directo y puede

que este sea el único modo realista de hacerlo: al pasado solo se viaja desde aquí. El resto es ciencia ficción y no es lo que propone Chévere. Lo que propone la compañía es doblar el tiempo y hacer que dos momentos coincidan en el mismo espacio. En ese territorio suceden muchas historias, a mayoría familiares, sentimentales, algunas cómicas y algunas más que amenazan con drama. Pero todo está contenido, por esa distancia que la memoria impone a los hechos. Esa distancia que en ocasiones parece amabilidad y que también puede hacerse pasar por objetividad histórica. “Eroski Paraíso” se maneja en esa distancia. La distancia adecuada.

Esa distancia entre la recuperación en serio de las raíces y dejar que la memoria se apropie de cierta comicidad. En la obra, Chévere se inclina más a hacer comedia. Tampoco ligera. Tiene lo suyo de sentimental y casi nada de parodia, a pesar de que va bordeando ese lenguaje, tan usual en la compañía. En cierto sentido, “Eroski Paraíso” utiliza las armas de la parodia para llegar a otro punto. Como si en el camino de rebuscar en el pasado siempre apareciesen las fotos viejas y no hubiese manera de ser duros con ellas. La obra inicia una suerte de prospección sobre volver al lugar al que se perteneció y encuentra que la memoria es mala de guiar. Puede ser que el material del que nace la obra, las vivencias de los vecinos de Muros, la arrimen contra ese lado. Puede ser ese barniz con el que la memoria amuebla las historias o puede ser que esas historias o se miran así o se dejan descansar en paz. Son asuntos muy serios como para hacer un drama con ellos. La obra busca en el detalle el refrendo de una realidad que fue. Porque Chévere toma como punto de partida un espacio y unas experiencias reconocibles: bailes de domingo y bocadillos de calamares. Parejas que se empañan, padres que emigran para trabajar con hijas que emigran para estudiar. Bien mirado, la vida misma de Galicia. O quizás no. Habrá una clase que no se sienta reconocida en la historia más allá del folklore o del humor. Está todo en esa historia que alguien está reconstruyendo para el cine y aún así Chévere no quiere ir al documento. Porque, igual que la memoria no es el pasado, el teatro no es la realidad.

Con la memoria nos pasa como a los EEUU con el general Noriega. Puede ser ruin, rebuscada y traidora. Puede ser la peor del mundo, pero es la nuestra. “Eroski Paraíso” toma prestadas unas historias y las mueve con ligereza y con humor pero sin parodia. Podría ser que sin parodia y sin nostalgia. Pero esta materia líquida que es la memoria se resiste mucho a ser considerada sin esa última pátina. La obra define una línea más de fondo, quizás como una consecuencia de como se mueven las máquinas del pasado para convertirse en narración: la memoria colectiva es más ácida que la individual.